

DOSSIER

Mártires escolapios

IDENTIFICADOS CON JESUCRISTO



SC  LOPI
CASA GENERALIZIA

Mártires escolapios
Identificados con Jesucristo

- 3 Semblanza espiritual
- 4 Mensaje de la Palabra [Rom 5, 1-10]
- 5 La voz de un mártir:
Apuntes espirituales del P. José Ferrer.
- 6 Para la reflexión
- 7 Momento de oración



© Scolopi
Edición Sept 2020

Accede a más información en
www.parroquiasescolapios.org



Semblanza espiritual

El primer escolapio que derramó su sangre como mártir de Jesús fue el R Tomás Sperat, que murió en 1681 cerca de Prievidza, en la actual Eslovaquia. El último, el R Józef Córsczyk, asesinado mientras celebraba la Eucaristía en Maciejowa (Polonia) en 1964. Algunos otros han perdido violentamente su vida por el Evangelio, pero el testimonio de los escolapios ha sido mayoritariamente incruento. Muchos han sufrido persecución, destierro, cárcel, penalidades y desprecio, en distintas épocas y lugares por ser fieles al Señor y a su vocación calasancia.

Hay, sin embargo, un momento concreto en la historia en el que el testimonio martirial escolapio fue muy numeroso y desde entonces nos mueve «una gran nube de testigos... a fin de que también nosotros creamos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús» Hb 12,1-2].

Víctimas de la persecución desatada durante la guerra de 1936 en España murieron mártires seis religiosas escolapias, ya beatificadas, una religiosa calasancia, cuyo proceso se desarrolla favorablemente, y 203 religiosos escolapios de los cuales trece han sido beatificados. Tenemos 210 hermanos y hermanas mártires, además de muchos familiares y exalumnos.

Con motivo del 25^º aniversario de su inmolación, el poeta Ramón Castelltort escribió un largo «Salmo en el atrio del recuerdo» donde leemos: «Esta tierra que pisas es sagrada... Resuenan en sus ámbitos nombres envueltos en sangre y sollozados entre rezos y lágrimas. El corazón inventa y ensaya cada día el Canon de una Misa martirial que se llena de nombres que han nacido para el bronce, la lápida o el himno. Pronúncialos despacio: acaso tú te llames como ellos se llamaron ¡y siendo así tu nombre ya tiene desde ahora grandezas de martirio!»

«Esta tierra que pisas es sagrada... Arrodíllate... Hachas de odio astillaron cátedras, donde miríadas de almas infantiles bebían las lecciones que una voz escolapia desgranaba día tras día con unción gozosa. Calló la voz y se

perdieron las lecciones, ahogadas en la sangre y el llanto de unas trágicas horas... Ya [una nueva] cátedra acudieron para dar sus lecciones postreras de lealtad al Credo los escolapios, hijos de Calasanz, en jubiloso ejército».

Todo bautizado está llamado por el Padre a identificarse con Jesús por obra del Espíritu. No todos llegan a un mismo grado en este proceso. Los mártires reciben la gracia de una identificación plena. A todos dice Jesús: «permaneced en mí, permaneced en mi amor». Los mártires son llamados a demostrar su amor, dando su vida por el Amigo, participando en su misterio pascual de muerte y resurrección, unidos íntimamente a Él.

Mensaje de la Palabra (Jn 15, 1-17)

Yo soy la vida verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y - lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos.

Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado.

Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros

como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.

No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros.

La voz de un mártir: Apuntes espirituales del P. José Ferrer.

La vida de unión con Jesucristo es el mandato que él ha impuesto a todos los hombres. Durante su vida no cesa de inculcar esa idea, y cuando ya está próximo a morir, no nos deja más testamento que este deseo, que parecía traerle preocupado en aquella hora postrera: «permaneced en mí como yo en vosotros». Esto es todo: si lo cunado, Jesucristo no puede desear más de mí; si no lo cumplo, no he aprovechado ni una sola gota de la sangre que derramó por mí.

¿Qué quieren decir estas palabras: «permaneced en mí como yo en vosotros»?
¿Qué se entiende por vida de unión con Jesucristo?

Las palabras «permaneced en mí como yo en vosotros» son sinónimas de estas otras: «permaneced en mi amor». Y permanecer en el amor de Jesucristo quiere decir cumplir su voluntad, guardar sus mandamientos: «si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor».

Sobre esta base firme se puede levantar la verdadera idea de la vida de unión con Jesucristo. Si a Jesucristo nos unimos obrando según su voluntad, esta unión será tanto más estrecha cuanto más parte tome en nuestras obras la voluntad de Jesucristo, y menos la nuestra propia; nuestra vida llegará a ser vida de unión con Jesucristo, cuando nuestros pensamientos y deseos se confundan con los pensamientos y deseos de Jesucristo, cuando lleguemos a mirar habitualmente las cosas con el mismo criterio con que él las miraba, cuando sea su Espíritu el que nos guíe en todas nuestras obras; en una palabra, cuando le imitemos constantemente, siendo nuestra vida una reproducción de la vida de Jesucristo. «Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él».

Es decir, que la vida de unión con Jesucristo debe constar de dos partes: de afectos y de obras. No sólo hay que amar a Jesucristo, sino que hay también que imitarle; no sólo hay que hacer lo que él hacía, sino hacerlo con el mismo amor con que él lo hacía. No está todo en hacer las cosas, sino en hacerlas con espíritu, con amor. La mejor imitación de Jesucristo es amarle de todo corazón.

Dios mío, que tenéis un corazón de padre, y dijisteis por boca de vuestro Apóstol que los que son llevados por vuestro Espíritu, esos son vuestros verdaderos hijos; concededme la gracia de vuestro divino Espíritu, que encienda en mi corazón el fuego del amor a Jesucristo, para que, imitándole en todas mis obras, sea mi conducta la que conviene a un hijo vuestro, en quien Vos podáis fijar vuestras miradas de complacencia.

Dadme una sed ardiente de trabajar y padecer por causa de vuestro amor, un deseo grande de estar siempre unido con Vos, una santa impaciencia de verme lleno de vuestro divino Espíritu. Y dadme también la gracia de trabajar padeciendo, olvidado de todos, sin que nadie se de cuenta, ni haga caso de mí, sino sólo Vos. Dádmela, Dios mío; aunque no soy digno de ella, y no merezco la gracia de trabajar y padecer por Vos; pero os lo pido por vuestra preciosísima sangre, por los dolores de vuestra Madre la Virgen María, por los méritos de mi Santo Padre José de Calasanz y las almas de los inocentes niños.

Para la reflexión

La comunión con el Señor es el fundamento de todo testimonio o martirio, cruento o incruento. Quizás muchas infidelidades se fraguan cuando se debilita esta unión afectiva y efectiva con Jesús. «Sin mí no podéis hacer nada».

José Ferrer tenía 22 años cuando fue ordenado diácono. Escribió aquel día esta meditación y plegaria «El Calvario o Vida de unión con Jesucristo» cuyo original inédito se conserva en la

Postulación General. La redacción es pobre, pero no así la vivencia espiritual que manifiesta. Diez años más tarde el Señor lo llamó al martirio.

Permanecer en el amor de Jesucristo significa vivir y actuar según su voluntad. Los mártires han recibido el don de la unión más plena con el Señor, siendo así testigos en la Iglesia y en el mundo. Todos somos llamados a ser testigos según el don que Dios nos da.

Momento de oración

Oremos a Dios nuestro Padre, que por medio de su Espíritu nos identifica con Jesucristo el Señor, para que seamos verdaderos hijos suyos. Acojamos y hagamos nuestra la plegaria de Jesús: permaneced en mí y yo en vosotros.

Por toda la Iglesia, para que refleje en el mundo la luz verdadera que es Cristo. Oremos con la plegaria de Jesús: Permaneced...

Por los cristianos de nuestro tiempo que son perseguidos por su amor al Evangelio y dan su vida por la fe, para que reciban el premio eterno prometido. Oremos con la plegaria de Jesús: Permaneced...

Por los miembros de la Familia Calasancia que ofrecen día a día su vida consagrada a Dios y a los niños, para que sean testigos como nuestros mártires de la vocación cristiana y calasancia. Oremos con la plegaria de Jesús: Permaneced...

Por los niños y jóvenes de nuestro tiempo, para que sean sensibles al ejemplo de Jesús y de nuestros mártires y también ellos se sientan llamados a dar su vida por Dios y los hermanos. Oremos con la plegaria de Jesús: Permaneced ...

Padre nuestro ...

Señor, tú has glorificado con el martirio a los beatos escolapios y escolapias mártires, concédenos por su intercesión que, así como les diste la gracia de imitar con su muerte la pasión de Cristo, permanezcamos siempre firmes en la fe siguiendo sus ejemplos.

Por Jesucristo Nuestro Señor.

**AM
PI**



SCOLOPI
CASA GENERALIZIA